



Es frecuente equivocarse entre dos obras literarias un parecido, al principio no del todo claro o explicable, que nos impacta precisamente porque no podemos definirlo exactamente. Como cuando en una reunión de familia nos encontramos a un pariente lejano que es algo de nos parece. La semejanza, decíamos, es superficial. Un gesto, un tic, la manera de estrechar la mano. Más tarde llegamos a conocerlo mejor y nos damos cuenta de que comparten muchos rasgos literarios, algunos placeros, no pocos análogos. Acabamos por reconocer que no solamente pertenecemos a la misma familia sino que, además, es una familia que hoyamos pertenecido dos distantes tanto tiempo: tenemos mucho que aprender el uno del otro.

La novela de Cervantes y la de Voltaire fueron concebidas en ambientes muy diferentes, y lo eran también las personalidades de sus autores. Cuando Cervantes empieza a escribir el *Quijote*, el poder del imperio español ha iniciado ya un lento declive, casi imperceptible al principio, en cuanto a la presencia de España en Europa y sus posesiones, pero más visible en el declive de la vida cotidiana, la producción industrial, el comercio, el valor de la moneda. La España pionera invade el espacio de la España herética, va ganando terreno en la vida de las ciudades y en la atención que la literatura le concede. La misma parece recordar en la vida de Cervantes. El Cervantes heroico y esperanzado de repente se abre un escritor que vive estrechamente, que ha estado en el teatro, es apesadumado, y se prepara a jugar, al escribir su gran novela, lo que bien puede ser su última carta. Las necesidades apremian, y los reñones de la familia Cervantes no tardan en indicar que los Cervantes viven de los caprichos que les dan los *patronatores* que la herencia y la hija del escritor reciben a cualquier hora del día o de la noche. La pluma invade, pues, no solamente la sociedad española sino la propia vida de nuestro escritor. En la novela de Cervantes, las ilusiones y los ideales ricos y estéticos de un hidalgo empujados hacia el frente, bruscamente y a diario, al asedio de una sociedad que en el fondo no comparte estos ideales, o lo hace sólo en forma abstracta y teórica. La distancia que separa la vida cotidiana de la otra vida y difícil vida cotidiana en La Mancha es insalvable, a pesar de los incansables esfuerzos de Don Quijote. Queda flotando en el aire, sin embargo, una triple victoria, la de haber intentado lo imposible, la de haber desafiado el abrumamiento que rodea la vida cotidiana, y la de haber contribuido poderosamente a la educación de España. Todo esto, desde luego, estaba fuera del alcance de sus discretos y razonables vecinos y amigos, el cura, el barbero, el ama, la sobrina, Sancho Panza o el Caballero del Verde Gabán.

Voltaire escribió en un ambiente mucho menos trágico y angustiante que el que le tocó vivir a Cervantes. La Francia que nace y se educa, la Holanda, la Inglaterra y la Prusia que visita, la Suiza en la que ha construido "Les Délices", una de sus casas, son países que el Siglo de las Luces ha visto progresar hacia la prosperidad



Dos historias sorprendentes

MANUEL DURAN

Ciudad de México

Pese a haber sido encarnados en ambientes y tiempos muy diferentes, el "Quijote" de Cervantes y el "Candide" de Voltaire exhiben numerosos puntos de contacto. La formalidad de ambas novelas difiere en todo lo aparente, sin embargo las similitudes van surgiendo en todo lo que tiene que ver con la vida y la muerte.

hecho una cierta tolerancia religiosa. Mucho ha cambiado en Europa desde que Cervantes publica su novela. Mas de siglo y medio transcurrió entre la publicación de la primera parte de la novela cervantina y la aparición de la de Voltaire en enero de 1726. Después de las crueles guerras de religión de los siglos XVI y XVII, y sobre todo después de la Guerra de Treinta Años, la más devastadora que Europa había sufrido hasta entonces y que cubrió casi en su largo furor a los grandes guerras de nuestro siglo, los problemas religiosos pasaron, quizás por cansancio, a segundo plano en casi todos los países, y los grandes debates concierne en su mayoría en dogmatismos y cuestiones filosóficas. El siglo XVII es la edad de oro de las monarquías absolutas (comenzaron en Luis XIV y acabó el siglo, en Pedro el Grande); es también el siglo de grandes genios: Rembrandt, Velázquez, Bernini, Descartes, Pascal, Kepler, Newton, Galileo y a muchos nombres literarios la lista se hace interminable. En uno de los siglos más fértiles de la historia occidental, floreció en mundo en paz y en conflicto, un mundo lleno de la tentación de supersticiones y anarquías, y transmitió a la posteridad, al Siglo de las Luces de Voltaire, un mundo de orden y razón basado en el poder del Estado moderno y en la autoridad de la ciencia moderna. A principios del siglo XVII, en 1611, John Donne lamentaba, en un poema filosófico titulado *An anatomy of the world*, la confusión creada por las nuevas ideas de la ciencia y la filosofía, ideas que transformaban y destruían las creencias tradicionales. Ni siquiera el sol y la luna ocupaban ya los lugares que creíamos sus pertenencias, ya que el sistema de Copérnico había dado al sol el lugar central que antes ocupaba la tierra: *For Sun it lost, and shivers, and no more's left. Can such ideas have more to do for it.*

Y en cambio, contrastando con las dudas y confusiones que señalaba Donne, el siglo termina con la demostración científica y metafísica de Leibniz —el filósofo de los grandes pensadores del Renacimiento moderno, es decir, la época barroca— de que los seres humanos viven en "el mejor de todos los mundos posibles". Las ideas de Leibniz son complejas y abstractas, y su sistema no estaba encaminado a interpretar la realidad cotidiana y la vida social. Sin embargo, muchos de sus lectores y seguidores los interpretaron a lo largo del siglo XVIII, en el sentido más positivo y optimista posible y proclamaron que, en efecto, vivíamos en un mundo perfecto, en el cual, gracias a un Dios benevolente y a la perfección de los seres humanos, e impulsados por las letras y las artes, la ciencia y la Ilustración, se produciría un progreso constante sin esfuerzo. Contra esta actitud utópica e ilusoria, un escritor e filósofo como fue Jean de La Fontaine sobre la ceguera de los caballeros andantes y el mito de la Edad de Oro, escribió Voltaire su *Candide*.

El título completo de la novela es *Candide, ou l'optimisme*. Sugiere así que hay que ser un cándido, un inocente —y, en el fondo, un tonto— como el héroe de la novela para dejarse seducir por la filosofía del optimismo preconizada por el preceptor de Candide, el doctor Pangloss. Pangloss es, muy probablemente, una caricatura del filósofo Leibniz, cuyas obras había estudiado Voltaire en los largos años

Dos historias sorprendentes [artículo] Manuel Durán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dos historias sorprendentes [artículo] Manuel Durán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile